EVOCACION DE MIGUEL, QUE JUGABA CON MALVA MARINA EN LA CASA DE LAS FLORES

ESTHER FORGAS

Unas letras –negro sobre blanco en ordenada disposición– destacando entre las otras muchas de un folio mecanografiado colgado del cristal de la puerta de entrada, unas palabras leídas así, al vuelo, antes del portazo, logrando que, pese a mi visceral pereza por desandar lo andado, a la obligada urgencia del vestíbulo y al airecillo frío colándose por debajo de la puerta, retrocediera hasta el pequeño papel fotocopiado en el que destacaban, en mayúsculas, las dos palabras acaso sólo intuídas que mantenía aún en mi cerebro: Miguel Hernández.

Una lectura detallada del folio me informó de su contenido: era el anuncio de un número monográfico que la recién estrenada revista estudiantil dedicaba al poeta oriolano. Los estudiantes rendían un homenaje a "nuestro poeta" –el de mi generación y ahora también el de la suya– al ya poeta eterno, consagrado Miguel, "arcángel de las cabras", en el que se nos invitaba a todos, profesores y alumnos, a participar.

.....

Que los jóvenes del ochenta y dos recuerden, amen, lean, conozcan y, sobre todo, reconozcan a Miguel Hernández y le rindan un homenaje se convierte para aquellos que hace tiempo fuimos y nos sentimos jóvenes gracias a la rabia y a la exasperación que nos produjo el haber llegado tan tarde, tan de golpe y tan a destiempo a conocer y amar su poesía y la de otros que, como él, nos habían sido ocultados, negados o, simplemente, silenciados, en un motivo de esperanza, de afirmación, y, cómo no, de nostalgia.

De esperanza en el valor de la poesía por encima de épocas, situaciones y actitudes, de afirmación en el acierto de nuestro ímpetu, y de nostalgia por una circunstancia que elevamos a la categoría de vida. Desde luego no es la nostalgia de una adolescencia lejana y oscura de tinteros de porcelana, orfandad poética y raídos cartapacios de cartón, ni tan siquiera la de unos descoloridos cursos de Instituto (cuyas mayores emociones literarias consistieron, a lo sumo, en ciertas lecturas doblemente transgresoras del "Y yo que me la llevé al río" lorquiano), sino nostalgia de unos años de juventud que nosotros sentimos plena y vibrante gracias, en parte, a hombres como Miguel Hernández, nostalgia de una generación universitaria exultante que vomitó versos como armas y construyó barricadas de gestos y palabras con todos aquellos nombres que les habían estado prohibidos. De una juventud que descubrió que habían existido y existían todavía hombres como Miguel, Pablo o Rafael y los tomó por bandera, se llenó la boca con sus versos y los escupió como un grito de libertad y rebeldía.

Si Miguel Hernández fue, como Alberti y como Neruda, emoción solidaria que engendró actos y propició actitudes, en igual medida representó para nuestra juventud descubrimiento estético, placer y dolor de compartir plenamente una poesía, de conocer palabras increíblemente bellas y cercanas que alguien, alguna vez, había dicho, de admirarse y emocionarse frente a los versos, las voces, los sentimientos.

Y también tristeza y vergüenza al contemplar al lejano muchacho trágico de ojos profundos y mirada miliciana que había emergido de repente desde el tiempo y nos golpeaba con la desolación de un imperfecto clisé gastado transmitiéndonos toda la angustia y la soledad de una época extrañamente próxima y tristemente mezquina.

.....

Pero Miguel Hernández fué todavía algo más. Fué el poeta-hombre amigo del hombre, desconsolado cantor de Ramón Sijé en su muerte, amigo de Federico, Rafael, Vicente y, sobre todo, compa-

ñero eterno de otro hombre, Pablo Neruda, que significó junto con él para nuestra generación todo lo que la poesía podía ofrecernos: el amor, la lucha, el sentimiento, la pasión, la esperanza, la solidaridad, la libertad...

Pablo y Miguel fueron dos hombres ocultados, dos nombres rescatados del silencio que se fundieron, al descubrirlos, en la poesía, en la vida y, ahora ya eternamente, en la muerte. Y al evocar al uno no podemos olvidar al otro, al que fue en vida y es ahora para nosotros su compañero.

Por ello al hablar de Miguel, de su poesía y de su muerte, no podemos dejar de recordar la voz del amigo, voz hecha de ira que se vertió en llanto y de llanto que se transformó en poesía:

"Ya sabes, hijo mío, cuánto no pude hacer
ya sabes
que para mí, de toda la poesía, tú eras
el fuego azul.

Hoy sobre la tierra pongo mi rostro y te
escucho,
te escucho, sangre, música, panal agonizante.
(...)
Miguel de España, estrella
de tierras arrasadas, no te olvido, hijo mío
no te olvido, hijo mío!

Pero aprendí la vida
con tu muerte: mis ojos se velaron apenas,
y encontré en mí el llanto
sino las armas
inexorables
Espéralas! Espérame! (1)

Es un desgarro de versos salidos del alma del poeta por la ausencia irremediable del amigo, del hijo, del compañero en la distancia ya para siempre.

Porque, para Pablo Neruda, Miguel, además del poeta que traía en su boca el ruiseñor, fué sobre todo –y lo es ahora para mí en esta evocación– el amigo, el casi hijo, el hombre sensible y tierno que jugaba con la pequeña hija deforme del chileno en la casa de éste, la Casa de las Flores, siempre abierta para el poeta pastor. Fué también el amigo poeta que olvidaba su verso para acariciar a una niña que no le podría nunca entender, que visitaba al compañero para alegrar y entretener a su hija, que se preocupaba por su salud y trataba, con sus medios, de mejorarla (2), que llevaba su sobrinita para entretener a Malva Marina y que compartía con alegría la vida, la poesía y la tragedia de su amigo. Y a este Miguel Hernández lleno de ternura infinita y de infantiles alegrías volcando su sensibilidad en la pequeña niña de enorme cabeza, a ese Miguel amigo-hijo-compañero que tendrá a su vez también un hijo (un niño que come cebolla mientras su padre escribe sus más sentidos versos) es al que deseo evocar en este pequeño homenaje

Y también a este hombre que fue, entre muchas otras cosas, poeta y amigo de este amigo poeta que sería con él, muchos años más tarde, rabia y grito, estupor y rebeldía, impulso y aliento poético, de una generación que al conocerlos se sintió estafada y comprendió que, a pesar de irrepetibles primaveras, unos nombres que fueron grito y unos rostros que fueron espejo habían llegado demasiado tarde.

---

(1). Del poema: "Miguel Hernández asesinado en los presidios de España"

(2). Miguel Hernández escribió, entre otros, al "cónsul general de la poesía", Juan Guerrero, para conseguir que Malva Marina pudiera pasar una temporada en las soleadas playas levantinas juntos con sus padres. (Ver ÍNSULA nº 330 pág. 5)